

Diario de un gudari en el frente de Euskadi



Jaime Urkijo

Capitán Ayudante de Cristóbal Errandonea,
(Comandante del Batallón nº4 Rosa Luxemburgo, "Arrosa"
y Jefe de División.

—Es que pasábamos más hacia arriba que el lugar donde las garitas bordean el río; además llevábamos perros amaestrados que los lanzábamos por delante y estos, en cuanto oían un uniforme, comenzaban a ladrar. Nosotros —decía— teníamos uno que ladraba hasta a los curas.

La carcajada fue general, y esto que parecía fantasía tuve ocasión de comprobarlo años más tarde y era sencillamente cierto, pues se trataba del perro de la finca Aizpurdi, al cual le hicieron hacer varias pruebas delante de mí y no falló ni una sola vez; en cuanto olía, sin verlo, un uniforme cualquiera, se ponía a ladrar como un condenado y lejos de escaparse se lanzaba contra el portador de él. En verdad estaba "muy bien educado" el perrito de marras.

Proseguía el Cashero:

—Pero el trabajo más difícil se nos presentó un día en que nos propusieron traer todo un camión de piezas de bicicleta. El paso de la "muga", como se decía, se dividía en varias especialidades, a saber: los "portuarras" de Hondarribia, los cuales comerciaban con barcos de Donibane generalmente; los "Casheros" cuya zona de acción era el río y el lugar de desembarque, la zona de Amute; luego venían los de la "república de Behobia" para arriba y cuya zona de acción se situaba en los parajes de Biriadou y ya, a continuación, los que se podían llamar de la "gran montaña", que eran famosos andarines. Estos era corriente que hicieran recorridos de 7 y hasta 8 horas con cargas no mayores de 20 o 25 kilos, y en recorridos más cortos podían llevar más peso, pero no era recomendable un exceso de peso para poder ganar, si llegaba el caso, la carrera a los "guardas". Así pues, para no perder los "paquetes" había que aligerar el peso. En aquel entonces se consideraba como un deshonor el perder un paquete y en las ocasiones en que así se estipulaba, el jefe de la cuadrilla tenía que abonar la pérdida, si esta se producía, de forma que el "peón" que perdía paquetes pronto se veía excluido de las cuadrillas por "mal trabajador". Lo mismo sucedía con el "berritxu" o el "aundiki", pues eran elementos peligrosos por su indiscreción cerca de los oídos de los "guardas". Las transacciones y "tratuas" con los jefes los solían hacer únicamente los patrones de las cuadrillas, así como el cobro del "trabajo" y el pago a los "peones", bordas, vigilantes, caballerías, etc. y en general de todos los gastos que repercutían en el desarrollo de la operación.

—El caso es que —continuó el Cashero— por el volumen de la operación, por más seguridad en la montaña, en fin, por lo que fuera, nos cayó aquel trabajo engorroso para pasarlo en paquetes por la enorme cantidad de bultos que había que hacer y seguramente por esta razón fue por la que contaron conmigo.

Al estar con anterioridad empleado en una fábrica de bicicletas, agudicé más el oído y le dije:

—A ver, cuéntalo, sin omitir detalle, pues me interesa enormemente, y te diré luego el por qué!

—Es que pasábamos más hacia arriba que el lugar donde las garitas bordean el río; además llevábamos perros amaestrados que los lanzábamos por delante y estos, en cuanto oían un uniforme, comenzaban a ladrar. Nosotros —decía— teníamos uno que ladraba hasta a los curas.

La carcajada fue general, y esto que parecía fantasía tuve ocasión de comprobarlo años más tarde y era sencillamente cierto, pues se trataba del perro de la finca Aizpurdi, al cual le hicieron hacer varias pruebas delante de mí y no falló ni una sola vez; en cuanto olía, sin verlo, un uniforme cualquiera, se ponía a ladrar como un condenado y lejos de escaparse se lanzaba contra el portador de él. En verdad estaba "muy bien educado" el perrito de marras.

Proseguía el Cashero:

—Pero el trabajo más difícil se nos presentó un día en que nos propusieron traer todo un camión de piezas de bicicleta. El paso de la "muga", como se decía, se dividía en varias especialidades, a saber: los "portuarras" de Hondarribia, los cuales comerciaban con barcos de Donibane generalmente; los "Casheros" cuya zona de acción era el río y el lugar de desembarque, la zona de Amute; luego venían los de la "república de Behobia" para arriba y cuya zona de acción se situaba en los parajes de Biriadou y ya, a continuación, los que se podían llamar de la "gran montaña", que eran famosos andarines. Estos era corriente que hicieran recorridos de 7 y hasta 8 horas con cargas no mayores de 20 o 25 kilos, y en recorridos más cortos podían llevar más peso, pero no era recomendable un exceso de peso para poder ganar, si llegaba el caso, la carrera a los "guardas". Así pues, para no perder los "paquetes" había que aligerar el peso. En aquel entonces se consideraba como un deshonor el perder un paquete y en las ocasiones en que así se estipulaba, el jefe de la cuadrilla tenía que abonar la pérdida, si esta se producía, de forma que el "peón" que perdía paquetes pronto se veía excluido de las cuadrillas por "mal trabajador". Lo mismo sucedía con el "berritxu" o el "aundiki", pues eran elementos peligrosos por su indiscreción cerca de los oídos de los "guardas". Las transacciones y "tratuas" con los jefes los solían hacer únicamente los patrones de las cuadrillas, así como el cobro del "trabajo" y el pago a los "peones", bordas, vigilantes, caballerías, etc. y en general de todos los gastos que repercutían en el desarrollo de la operación.

—El caso es que —continuó el Cashero— por el volumen de la operación por más seguridad en la montaña, en fin, por lo que fuera, nos cayó aquel trabajo engorroso para pasarlo en paquetes por la enorme cantidad de bultos que había que hacer y seguramente por esta razón fue por la que contaron conmigo.

Al estar con anterioridad empleado en una fábrica de bicicletas, agudicé más el oído y le dije:

—A ver, cuéntalo, sin omitir detalle, pues me interesa enormemente, ya te diré luego el por qué!

Según contaba, el envío suponía bastantes toneladas de piezas que había que recogerlas en Boucau y traerlas a este lado. Como había los inconvenientes antes señalados, además de mucha competencia, decidimos pasar el camión completo. ¿Qué como lo hicimos? Pues más fácil de lo que suponíamos.

Primeramente, compramos un coche viejo que lo cargamos con piezas usadas o de desecho de fábrica, las cuales no tenían ningún valor, a precio de chatarra, y el pobre cacharro apenas si pudo llegar a Dantxarinea. Allí concentramos el coche y el camión, éste cargado con las piezas buenas y nos arreglamos para terminar las operaciones aduaneras del lado francés ya terminada la hora de trabajo, de manera que tuvieron que cerrar la frontera y quedaron los vehículos en el lado francés. Entonces, los carabineros franceses abandonaron su tarea de vigilancia o se fueron a la tasca.

Hay que decir que era una deshonra para un hijo del País el ser douanier o "gabelou"¹¹, como más corrientemente se les llamaba, y en aquel tiempo no había ningún euzkaldun que se atravesase a formar parte de tal cuerpo, incluso se dio algún caso que tuvo que expatriarse lejos y solo volvió después de "retraité"¹², pero siempre se le consideraba como un posible "chivato" perteneciente a la familia del extraño y desconsiderado vigilante de una frontera en la que el "pollo aquel sobra". Lo cierto es que los mangantes de "gabelous" nos conocían bien y nosotros a ellos, y se aprovechaban de nuestras invitaciones en la tasca.

En esta ocasión unos de los nuestros les invitaron a varias "tournées"¹³ haciendo una labor de "captación voluntaria" y se dejaban "mecer", otros fuera superponían unas placas nuevas a las originales del camión. Una vez realizada esta operación y todo listo para la mañana siguiente, se reunieron con nosotros, tomaron una ronda y se les acabó la "mandinga" a los "gabelous".

A la mañana siguiente, en cuanto abrieron la frontera, salió el coche viejo "hacia el sacrificio", hacia el otro lado de la frontera, llegó, avanzó despacio, gritaron los carabineros, mientras los "gabelous" sonreían irónicamente, siguió adelantándose el coche, los carabineros hispanos seguían gritando y acompañando al coche para que se parara, lo que se consiguió al cabo de varias decenas de metros, que era la distancia calculada como parte del escenario pensado. Los carabineros, sulfurados por la matinal e inesperada carrera, apuntaron con sus armas al conductor del vehículo y le hicieron retroceder al punto de parada obligatoria, es decir, enfrente de la aduana. Menos mal que la marcha atrás funcionaba y metro a metro el coche fue retrocediendo hasta el lugar que le indicaron. A su vez, el conductor tuvo buen cuidado en dejar el paso libre a su lado, para que pudiese pasar el camión. Uno de los carabineros de servicio dejó su fusil para avisar a sus superiores y al vista, mientras que los demás abrían violentamente las puertas del coche y veían cómo se desparramaban piezas por todos los costados, de modo que en un santiamén todo alrededor del coche quedó lleno de piezas. Estos carabineros ante el hallazgo gritaron al que iba a buscar al jefe e indicarle la presa que habían hecho, dejaron sus fusiles apoyados contra el muro, y comenzaron a recoger las piezas que rodaban por el suelo. La

¹¹ Aduanero.

¹² Retirado.

¹³ Rondas.

habían dejado huellas dolorosas. Comencé a moverme, el Zorrino jubilaba:
—¡Ya va, ya va! Ya está la máquina en marcha.

Y, en efecto, fueron los primeros pasos, luego más metros. El mecanismo comenzaba a funcionar torpemente, pero articulaba.

Hacia rato que el último gudari de nuestro batallón había desaparecido de nuestra vista a lo largo de la carretera, y nos encontramos los cuatro más solos que unos críos huérfanos. Sin cesar el movimiento y con perseverancia, seguía echando un pie más adelante del otro y notaba como poco a poco la máquina recobraba su movilidad, hasta que sujetado por los dos brazos tuve la sensación de recobrar mi ritmo de marcha.

¡Puñetera Infantería! De la cual se decía que ganaba las batallas. Qué definición más pasada de rosca. Ahora la Infantería era la cenicienta de las guerras y los aristócratas eran los aviadores. Sí, los unos en avión, los otros en tanques, los artilleros a caballo o en tractores, los jinetes con sus caballos, los ingenieros y zapadores transportados hasta las inmediaciones de las líneas. ¡Ah! Pero la Infantería, ¡qué desgracia! Si había sed, para ella; si no había comida, el infante se apretaba el cinturón; si había "baile", contento si caía como un saco o terminaba destrozado, ya que desgraciadamente terminaba amputado o vivía o moría en un puesto de cura o socorro sufriendo el martirio. Pobre Infantería, que las únicas tripadas que se pega son las de kilómetros y va que chuta. La huérfana de todos los ejércitos, la más abnegada y la menos considerada.

Como años después decía un militar argelino del ejército francés, pegándose palmadas en un pecho abarrotado de condecoraciones:

—¡Sí, aquí están! Y ganadas bajo un mismo lema "anda y revienta". Si no revientas, las exhibes.

Pero qué triste consuelo, puesto que aquel anciano valiente, a juzgar por sus medallas, pagaría con su vida la fidelidad al ocupante francés, al consumarse la independencia de su país.

Y "anda y revienta", animado por las exclamaciones de mis compañeros, comencé a recobrar la movilidad y, cosa increíble, la moral socavada como producto del desfallecimiento.

Así, sin parar el motor, llegamos al punto de destino que era una explanada situada a las afueras del pueblo de Mungia.

Allí estaba "El Sordo", practicante de Hondarribia, curando y vendando pies y más pies ensangrentados, que llegaban hinchados como morcillas. Al acercarme le pregunté por Etxague y Zarandona y como era "más sordo que una tapia" y no oía ni la Artillería, me respondió:

—Estoy curando patas, acabo con éste y me ocuparé de las tuyas.

Sonrei y no traté de aclarar ninguno de los puntos que me preocupaban, había mucha gente alrededor. Había terminado con los pies del gudari, se volvió hacia mí y sin ningún preámbulo me largó:

Nicolás, "el Juez"

Durante nuestra estancia en Etxano tuvieron lugar varios sucesos que voy a narrar a medida que me vengán a la memoria,. No soy capaz de situarlos en el tiempo, y por ello es posible que el orden cronológico sea invertido.

Un día llegó la sorpresa: apareció el famoso secretario que llegaba del frente de Madrid. El Cashero no me habló de él, porque creía que yo no lo conocía de antes, pero al verlo, le conocía. ¡Y tanto que le conocía!

Me dijo el Cashero:

—Aquí, Nicolás Guerendiain que viene del frente de Madrid, donde ha estado en todas las posiciones y particularmente con Ortega en La Ciudad Universitaria.

Y continuó haciendo elogios del recién llegado, sin saber el pobre Cashero, que entre nosotros reinaba ya de antiguo una mutua antipatía. Terminó de hablar el Cashero, sin más me di media vuelta, y los dejé plantados. Como ninguno de los dos hicimos ningún gesto para darnos la mano ni el menor comentario, el Cashero, que de tonto no tenía ni un pelo, se dio cuenta de que algo raro pasaba entre nosotros, y se calló a la espera de una ocasión oportuna para dilucidar aquella actitud.

Yo continué mi labor habitual. Con el entrenamiento de montar a caballo aprovechaba para visitar nuestras líneas y los trabajos que en ella se efectuaban: mejorar las trincheras, hacer recodos de protección contra el ametrallamiento de los cazas y artillería, disimular las posiciones de armas automáticos y morteros, talar árboles para cubrir estos puntos y salidas de evacuación de las trincheras, proceder al tendido de alambradas. En suma, un trabajo importante de mejora de lo que ya existía.

Al volver a Etxano y saltar del caballo, me esperaba un aviso del Cashero para que fuese a verlo en cuanto volviera, y allí me fui. En efecto, me esperaba, y hablamos de las líneas, de los trabajos, de muchos detalles. Me anunció que ya había conseguido la unificación de los fusiles y que en breve llegarían los correspondientes al Barakaldo y Rebelión, que tenían armamento diferente a los otros dos, y procederíamos al canje. En cuanto a las armas automáticas, nada se podía hacer por falta de material, y teníamos que continuar con las Lewis y Hostkichs que poseíamos y alguna que otra Steyr⁹², que habíamos "carruspiado" a los santanderinos en Gernika.

⁹² Se trata de la ametralladora Hotchkiss de origen francés aunque era reglamentaria en el ejército en 1936 y fabricada bajo licencia en Trubia (Asturias). Por Steyr se refiere a la ametralladora austriaca Schwarzlose M1912 de 8 mm de las que en norte se recibieron varias en octubre de 1936.

Creía que con esto la consulta quedaba evacuada, pero me equivocaba de lleno. Después de una pausa me soltó:

—Oye, pero ¿qué ha habido entre tú y Nicolás?

—Mira, es una historia muy vieja y no vale la pena sacarla a relucir, ya está pasada.

—¡Quia!, al contrario, yo tengo que estar al corriente de las relaciones que existen entre mis colaboradores para evitar entre nosotros fricciones, que perturben el funcionamiento de los servicios. Así es que a desembuchar lo que haya entre vosotros.

—¿Y por qué no se lo preguntas a él?

—Ya lo he hecho y me ha respondido que hace años tuvisteis alguna fricción, pero era incapaz de precisar el motivo, y de lo que se acuerda es que salisteis de su despacho, tú y tu futuro cuñado, bastante enfadados. Es todo lo que ha podido decirme, y por mi parte desearía que, además de tratarse de cosa vieja, llegaseis a borrar ese mal recuerdo y tuvieses relaciones normales, sin ningún rescoldo.

—Pues bien, estoy de acuerdo con todo lo que has dicho, y, en lo que de mí dependa, haré lo posible para normalizar las relaciones que tú deseas. Lo sucedido fue lo siguiente. Recordarás que, después de suprimir la línea de tranvías eléctricos entre Irun y Hondarribia y que años antes habían sustituido a los arrastrados por mulos, se estableció una línea de autobuses, pequeños y que cargaban hasta los topes. Si no recuerdo mal, eran camiones Ford carrozados para el transporte de línea, pero la compañía de tranvías no arrancó los postes que sostenían los cables (y que eran simples raíles plantados en el suelo) de conducción eléctrica. Estos postes ya habían dado lugar a varios accidentes por su emplazamiento al borde de la carretera, y hubo protestas orales y escritas para que se quitasen dichos postes.

—Sí, sí me acuerdo perfectamente —dijo el Cashero.

—Pues bien, un domingo que me paseaba yo con mi novia, la hermana de Txomin y hoy mi mujer, nos encontramos con este último y su mujer, merendamos los cuatro juntos y después tomamos el autobús con dirección a Irun. El coche iba abarrotado de gente y, para dejar sitio, en la banqueta del lado derecho nos apretamos, en lugar de dos nos sentamos tres, y yo en esta posición tenía que sacar el codo fuera de la ventanilla, poniéndome de costadillo, Txomin iba de pie. Al llegar a Capuchinos, el autobús, que se bamboleaba por efecto del exceso de peso, pasó tan próximo a uno de los postes del antiguo tranvía que lo rozó y mi codo, que sobresalía, recibió el gran trompazo contra el poste. El autobús paró, hubo protestas, yo creía tener el codo roto; en definitiva, que se armó un follón de los de campeonato. Por fin, el conductor paró frente al Dispensario (luego Cruz Roja), donde me prodigaron las primeras curas, y no apreciaron rotura alguna. Salí con el brazo vendado y en cabestrillo; ya pasado el susto, quedamos con Txomin que volvería al día siguiente para presentar la oportuna denuncia en el Juzgado. Txomin, que es un creído de buena fe, me decía:

ANEXO V FALLECIDOS EN COMBATE

Carmona Gallardo, Jacinto, de Ortuella, muerto en Peña Lemona.
Ejido Pérez, Francisco, de Baracaldo, en Urberuaga de Ubilla.
Arenal de la Riva, Luis, de Algorta, en Oiz.
Magdalena Todon, Policarpo, de Bilbao, en Gernika
Ochoa Martínez, Alejandro, de Bilbao, en Gernika
Olavarrieta Gutiérrez, Florencio de Ornes, en Izpiztikarriaga
Larburu Echevarria, José de Andoain, en Urberuaga de Ubilla
Ruiz González, Crescencio de Erandio.
Sánchez Sánchez, Inocencio de San Salvador del Valle,
en Legutiano- Villarreal.
Prada Echevarría, José, de Baracaldo, en Otxandiano.
Uría Cano, Teófilo, de Urnieta, en Etxano-Amorebieta.
Urrutia Urrutia, Francisco, de Miravalles, en Kalamua-Eibar.
Vicuña Ferrero, Pedro, de Urnieta, en Asturias.
Zenón González, Emeterio, de Sopuerta, en Gernika.
Pérez Álvarez, Fernando, de Somorrostro en Kanpazar-Elorrio.
Pérez López, Francisco, en Legutiano- Villarreal.
Arregui Bringas, Francisco, en Oiz-Durango.
Gómez Vázquez, José de Bilbao, en Urnieta.
Posada Mata, Antonio, de Abanto y Ciérvana, en Peña Lemona.
Mendoza San Millán, Miguel, de Portugalete, en Peña Lemona.
Molero Arranz, Victoriano, de Somorrostro, en Legutiano- Villareal.
Muga Urdampilleta, Ramón, de Oria.
Fuente Teja, Florentino, de Bilbao.
Fernández García, Antonio, de Santurce, muerto en Aretxabaleta,
García Bada, Máximo, de Bilbao, en Legutiano- Villarreal.
Colina García, Francisco de Bilbao en Legutiano- Villarreal.
García, Pablo, de Bilbao, en el Fuerte de Guadalupe en Hodarribia.
Gutiérrez Martínez, José, de Sopuerta, en Otxandiano.
Hernández Pérez, Aurelio, de Abanto y Ciervana, en Legutiano-Villarreal.
Echeparre Marticorena, Aniceto, de Irun, en el Bizkargi.
Dominguez Barreras, Juan, de Karrantza, en Legutiano- Villarreal.
Las Hayas Gallego, Pedro, de Santurce, en Amorebieta.
Acedo Cámara, Andrés, de San Salvador del Valle, en Legutiano-Villarreal.
Aguete Lino, Manuel, de Bilbao, en Markina.
Alonso Santos, Luciano de Erandio, en el Oiz-Durango.
Alonso Seco, Orencio, de Sestao, en Etxano-Amorebieta.
Berreteaga Zubiaur, Benito, de Santurce, en Amorebieta.

Cabra Pérez, Ángel, de Abanto y Ciervana, en Hernani.
Piñaza, Eugenio, en Peña Lemona.
Rodríguez Posada, Secundino, de Baracaldo, en Peña Lemona.
Saez Uriarte, Jaun José, en Etxano-Amorebieta.
San Andrés Aguinaco, Julián, de Baracaldo, en Peña Lemona.
Tabuenca García, Miguel, de Baracaldo, en Peña Lemona.
Yartu Virumbrales, Antonio, de San Salvador del Valle, en Peña Lemona.
Aragón Martínez, Ángel, en Peña Lemona.
Arce Herrera, Miguel, de Bilbao, en el Sollube.
Cortázar Macua, Pascual, de Bilbao, en Peña Lemona.
López Martínez, Manuel, en Peña Lemona.
Martínez Gómez, Tomás, en Peña Lemona.
Flores Bacaicua, Valentín, de Hondarribia, en Peña Lemona.
Gómez Gutiérrez, Luis, en Peña Lemona.
González Ortiz, Pedro, de Somorrostro- Galdames, en Peña Lemona.
Hernando Riaño, Félix, en Sollube.
Dueñas Gomez, Isidro, en Sollube.
Martín Barriuso, Juan, de Bilbao, en Peña Lemona.
Calzada Heredia, José Manuel, de Lejona, en Ubidea¹³¹.
Aguirre Llano, Germán, de Somorrostro-San Julián de Musquiz¹³².
Diez García, José, en Kortezubi - Gernika y Luno- 29 de abril de 1937¹³³.
Goicoechea Escala, Ramón, muerto en Gernika
Otros dos fusilados: Uno de ellos: Joaquin Garro Eizmendi de Oria,
en Talledo- Cantabria.

131 Archivo de Aranzadi Zientzia Elkartea.

132 Luis Ormazábal.

133 Jimi Jimenez.